

Paleografía e historia de la lengua

*Pedro Sánchez-Prieto Borja**

Es cosa cierta que la ciencia y las materias humanísticas no pueden considerarse al margen de la sociedad que las produce (Bernal 1979) y aunque, por definición, el saber es de naturaleza universal, su suerte en cada país depende de factores complejos que lo impulsan o ralentizan, al tiempo que lo orientan en una o varias direcciones de entre las muchas que pudo tomar. Este condicionamiento, que nunca determinismo, se percibe con más nitidez en el caso de las disciplinas que tienen como eje la historia, más sensibles al contexto social y político que las llamadas ciencias experimentales, con serlo éstas mucho. Pero si hay una disciplina que ilustre bien la naturaleza no autosuficiente de las ciencias es la paleografía, cuya situación en las humanidades ha sido inestable, en parte por su carácter multidisciplinar. Y no es que no se haya reconocido su importancia; antes al contrario, nadie discute su valor para conocer el pasado historiable y la literatura de otras épocas, pero es justamente la visión utilitaria o *auxiliar* de la disciplina la que ha condicionado su desarrollo, pues ésta ha primado sobre el establecimiento de unas sólidas bases teóricas y de método que impulsaran el saber para que pudiera después revertir con más eficacia en su aplicación práctica. Tales limitaciones en el desarrollo de la paleografía se dejan sentir más en España que en otros países debido a su situación entre las disciplinas académicas, lo cual vale decir dentro de la universidad española. La mirada a la historia de este saber en los países europeos servirá para percibir mejor cuanto acabo de exponer.

1. Una ocasión para esa mirada histórica la proporcionó hace ya algunos años el centenario del Instituto de Paleografía de la Universidad de Roma (1887-1986). Con esa ocasión, un volumen colectivo hizo balance del estado de la disciplina en Europa y América, aunque finalmente no pudieron cubrirse todas las expectativas, pues falta, sobre todo, el examen de la paleografía en Inglaterra. Aun así, ya la historia misma del *Istituto* romano refleja en buena medida lo que ha sido la andadura de la paleografía, pues no por casualidad Italia ha contribuido decisivamente a la renovación de la

* *Universidad de Alcalá.*

disciplina en varios momentos del siglo XX¹. Los inicios de la paleografía en la Universidad de Roma se vinculan al estudio de los manuscritos latinos, con un apéndice de paleografía griega; en 1887 Ernesto Monacci funda el «*Gabinetto di Paleografia*», y es significativo que en su nacimiento quedara integrado en la sección de Lenguas y literaturas neolatinas de la Facultad de Filosofía y Letras²; pero en 1924 pasa a formar parte del «*Seminario* (“departamento”) *storico-geografico*». En 1933 se convierte en institución autónoma, y así siguió su andadura hasta que, coincidiendo con su centenario, el «Instituto de Paleografía» fue suprimido y sus profesores quedaron integrados en el «Departamento de estudios sobre la sociedad y la cultura medievales». Esta adscripción sucesiva a secciones centradas en la filología o en la historia no refleja de una manera lineal la orientación de los estudios paleográficos en la Universidad de Roma, como prueba el hecho de que en 1978 fuera nombrado director Guglielmo Cavallo, profesor de paleografía griega.

Una orientación marcadamente positivista tuvo en sus comienzos la paleografía en Francia, donde sobresale, en la segunda mitad del siglo XIX, el erudito Léopold-Victor Delisle, profesor de la «*École des chartes*», que hizo acopio de un sinnúmero de facsímiles de códices y documentos de diferentes regiones, lo que le permitió estudiar las analogías en la ejecución de manuscritos diversos con el fin de reconocer la proveniencia de los manuscritos de un mismo centro escrivorio y establecer la datación (Pratesi 1988: p. XIV; Muzerelle 1988:131-134). La paleografía se vinculaba así estrechamente a la diplomática y a la codicología, vía esta última que tan fecundos resultados daría en Francia, para lo cual fue necesario, andando el tiempo, una profunda renovación metodológica, mientras que los progresos en diplomática, en lo que se refiere a sus planteamientos, han sido más bien escasos.

Punto de partida sólido tanto en los fundamentos teóricos como en su aplicación práctica supusieron en Alemania los trabajos de Wattenbach, filólogo de la Universidad de Heidelberg (Pratesi 1988: pp. XIV-XV), que centra su investigación en el devenir histórico de la escritura que se manifiesta en los sucesivos cambios en la forma de cada letra. Pero quizá a nadie deba tanto la concepción eminentemente histórica de la disciplina como a Ludwig Traube (1861-1907), profesor de filología latina medieval en Munich, que ve la paleografía en cuanto actividad del espíritu humano y

¹ Cosa que Pratesi señala abiertamente (1988: p. XVIII).

² No me parece del todo banal el matiz de que en italiano sea «Facultad de Letras y Filosofía» y no de «Filosofía y Letras».

por tanto como un aspecto no secundario de la historia de la escritura (Autenrieth 1988:101-112)³. El concepto de «paleografía histórica» alcanzó así un notable arraigo, que se revela, por ejemplo, en la búsqueda de influencias transnacionales en los usos paleográficos, dentro de una línea de investigación que en Italia desarrolló especialmente Luigi Schiapparelli, con sus estudios de las influencias extranjeras en Italia durante la alta Edad Media, y que en España ha tenido sus frutos más granados en la obra de Díaz y Díaz.

En nuestro país, los inicios de la paleografía científica se vinculan al estudio de la escritura visigótica, línea ésta que fue prevalente al menos hasta los años 60 del siglo XX (Gimeno Blay 1988⁴; amplísimo repertorio de la bibliografía española y extranjera en J. y M. D. Mateu Ibars 1974). Rasgo evidente es la regionalización de los estudios, y si es cierto que ha habido aportaciones sobre todo para León, Aragón, Cataluña y Valencia, el territorio castellano ha sido menos estudiado. La línea histórica de la escritura apenas se entrevé en la monumental obra de Millares Carlo (1983), y menos aún las influencias regionales, que se han abordado para la fase visigótica, mientras que no es mucho lo que sabemos acerca del ciclo gótico, latino o romance, déficit éste de la investigación que vendría justificado por la idea del propio Millares Carlo de la uniformidad de la escritura de códices en los siglos XII y XIII. Más creíble que la idea de la uniformidad parece la dificultad intrínseca de establecer áreas, pues nada fácil resulta saber la procedencia de los códices (Torrens 1995:350). Frente al relativo vacío en la escritura gótica libraria, más productivo ha sido el examen de las tradiciones documentales, bien es cierto que centradas sobre todo en las diferentes cancillerías castellana o aragonesa, mientras que las tradiciones monásticas, las locales representadas por los notarios públicos y las señoriales, han sido menos estudiadas, a pesar del previsible papel que éstas últimas tuvieron en la producción de códices durante la baja Edad Media. Nuevas corrientes vinieron a reemplazar en España a la vieja paleografía descriptiva, y a finales de los 80 se produjo una importante renovación que resituó los estudios en un ámbito socio-histórico. Pero esa renovación se

³ Traube señala los siguientes objetivos: a) leer sin fallos escrituras antiguas; b) decidir adecuadamente el lugar de origen y la época de la escritura, y c) identificar y corregir errores que se hayan introducido en la transmisión escrita, en tanto estos errores tienen su origen en una escritura más antigua o con alguna particularidad, dentro de una perspectiva enfocada a la edición de los textos latinos.

⁴ Gimeno Blay (1988:201) ve en ello la manifestación de una tendencia dominante en la historiografía del momento, que intentaba encontrar los «orígenes de España» en el reino asturleonés. En honor a la verdad hay que señalar que los trabajos de Díaz y Díaz escapan a esta restricción.

produjo cuando aún no se había cumplido del todo la fase empírica de la identificación de los escritorios, la descripción de los caracteres diferenciales de sus productos y la averiguación de las relaciones entre ellos. Y tampoco quedaba resuelto el problema del origen de la diferenciación entre escritura libraria y documental como tipos claramente distintos en época de Alfonso X, pero que luego convergen por lo general, cierto que no al unísono, pues todavía en el siglo XV hay un tipo librario, empleado un códices bíblicos, por ejemplo, y ligado al uso del pergamino⁵.

Un aspecto diferencial con países como Italia, Alemania o incluso Francia ha sido el desinterés de los filólogos españoles por esta disciplina, con la excepción parcial de las letras latinas, donde sobresale la figura de Díaz y Díaz (1979 y 1983), mientras que para la etapa romance el acercamiento paleográfico, siquiera por la necesidad de acceder de primera mano a los testimonios, ha sido hasta hace poco una rareza (excepciones que confirman la regla, Alvar 1992 o Frago 1994).

2. Pero he hablado de renovación en España, y seguramente es más exacto decir cambio de rumbo. La publicación de un densísimo trabajo de Antonio Castillo y Carlos Sáez en el número fundacional de la revista *Signo* (1994), dirigida por el propio Sáez, y que lleva el significativo subtítulo de *Revista de historia de la cultura escrita*, me exime de presentar los antecedentes de esa nueva orientación. Allí se explica cómo en los países del Este de Europa se elaboró ya en los años 50 lo que hoy podríamos llamar una sociología histórica de la escritura, fundamentalmente gracias a la obra del búlgaro István Hajnal, que considera ésta no en cuanto manifestación individual sino como producto del cuerpo social; su evolución depende, dice, del carácter sistemático de su penetración en la sociedad (Hajnal 1959; Castillo y Sáez 1994:136). En los años 70, de manera paralela en Inglaterra, Francia e Italia surgieron estudios sobre la alfabetización y sus formas, que relacionan la historia del libro con los cambios en la educación, dentro de una sociología de la lectura y de la escritura en las que se sitúan autores como Chartier y Daniel Roche (referencias en Castillo y Sáez 1994:139). Sobre campo hispánico son conocidos los trabajos de Bensusan dedicados al Siglo de Oro en los años 80, en una perspectiva histórica general que vincula el atraso español a la alta tasa de analfabetismo (Bensusan 1980).

⁵ Esa clara diferenciación se aprecia en los códices historiográficos del escritorio alfonsí, vinculados a la catedral de Toledo, mientras que no tienen esa adscripción geográfica, según creo, los diplomas regios, a pesar de que el titular de la cancillería fuera el infante Don Sancho, hermano de Alfonso X y arzobispo de Toledo.